

modo el niño tiene que soportar frecuentemente la herencia de la suciedad de sus antecesores y guardarla durante casi todo el tiempo escolar. Lo hará con repugnancia, pero a veces esa herencia le parecerá tanto más tolerable cuanto menos inclinación tenga al aseo, y, finalmente, también prescindirá de éste en sus cuadernos y libros nuevos. En las escuelas deberían prohibirse los *libros de lance* por razones pedagógicas, aparte de los peligros que por sus bacterias pueden encerrar para la salud.

En un sentido superior y más general pertenece también a la conservación de los valores morales la costumbre de no romper nada ni interior ni exteriormente, es decir, conservar todos los objetos hasta el fin de la época escolar, con igual entusiasmo, y si algo ha de romperse por necesidad en la escuela, seguir continuándolo y perfeccionándolo en el pensamiento. Entonces el niño se inclinará también, en la vida posterior, a conservar el provecho interno que los sucesos le reporten y a no emprender más que lo que prometa ese interno provecho espiritual.

La tercera virtud individual se ejercita ya con las dos primeras. El que trabaja corporal y espiritualmente adquiere también con esto el dominio de los instintos que se opongan a su labor. Esta virtud queda igualmente incluida entre las virtudes sociales. Locke cree que es el fundamento de todas las demás. Un educador inteligente tiene que proporcionar al educando frecuentes ocasiones de ejercer el dominio sobre sí mismo, llegando quizás hasta la propia mortificación. Lo hará, por ejemplo, encargándole hacer algo que corresponda sólo a alumnos más pequeños o que no esté conforme con su posición y clase, pues en la juventud actual domina una inclinación muy peligrosa a la "vida independiente". Esta vida independiente puede tenerla sólo el que se haya convertido en una fuerza intelectual y moral. El que se hace, el que se forma, no debe *vivir su vida*, sino *clarar su vida*. Y esto supone un dominio constante de sí mismo.

De las relaciones entre los escolares y el profesor nace una segunda clase de deberes, como antes se ha dicho. Esta relación se ha de fundar en las tres virtudes sociales.

El profesor y los alumnos, el educador y el educando se deben mutuamente veracidad, justicia y benevolencia. Pero el profesor es superior moral e intelectualmente, es el que guía. Por eso el fin de la educación exige la subordinación del educando, que debe manifestarse en miramientos y cortesía. El profesor no exigirá este comportamiento externo por respeto a su persona, sino en atención a las costumbres que el escolar tiene y tendrá que seguir en la vida. El profesor se someterá también a esta condición y con ello conseguirá mejor su fin. Cuanto más cortés sea con los alumnos, tanto más respetuoso serán éstos con él. Si, por ejemplo, con los niños pequeños no se consigue nada por la imitación, habrá que imponer preceptos determinados y obligar a su cumplimiento.

La tercera clase de deberes nace de las relaciones entre el niño y sus condiscípulos. También tienen aquí aplicación las virtudes sociales que hemos citado. El comportamiento externo debe responder a ellas. Los alumnos han de ser mutuamente corteses. Claro está que la mejor cortesía es la del corazón, la que se basa en la benevolencia, lo mismo en la intelectual